

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desagadero del Archipiélago; atraviésale D. Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas
El que menos las cuenta es más prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por más que afirmen que es subida al cielo.
Estaba retirada en esta parte
De todas nuestras tierras excluida;
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida:
Pero dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
A la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena.
Donde un gracioso mozo bien dispuesto
Con hasta quince en número venia,
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia,
El cual con grave término, modesto,
Junto á nuestra esparcida compañía
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua extraña lo siguiente:
«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos

De sus cerradas y ásperas entrañas:
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan extrañas
A nuestros pobres y últimos rincones
Libres de confusion y alteraciones?
«Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region más espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y aviamiento,
Con mano larga y voluntad graciosa,
Hallaréis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.
«Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os darémos:
Si os pláce y os agrada más la sierra,
Allá seguramente os llevarémos;
Si quereis amistad, si quereis guerra,
Todo con ley igual os lo ofrecemos;
Escoged lo mejor, que á eleccion mia
La paz y la amistad escogeria.»
Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
Del gallardo mancebo floreciente,
El expedido término y lenguaje
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedaje,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida.
La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta y derribada,
A las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada,
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y vistoso parecia,
Señal de ser el clima y tierra fria.
Las gracias le rendimos de la oferta,
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo tambien la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba;
Pero al fin nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,

Le pedimos refresco y vitualla
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,
Vista la gran necesidad que había,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traía,
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañía,
Sin de nadie aceptar solo un cabello,
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y tambien esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera
Segun nuestra costumbre en ordenanza;
Y andada una gran legua en la primera
Tierra, que pareció cómoda estancia,
Cerca del agua en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado
Ni puestas en lugar las demás cosas,
Cuando de aquella parte y deste lado
Hendiendo por las aguas espumosas,
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida
Sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia
De la sencilla gente destas tierras
Daban bien á entender que la cudicia
Aun no habia penetrado aquellas sierras,
Ni la maldad, el robo y la injusticia,
Alimento ordinario de las guerras,
Entrada en esta parte habian hallado,
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo
Les dimos lugar ancho y ancha entrada,
Y la antigua costumbre corrompiendo
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la cudicia su estandarte
Con más seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente

La nueva por las islas extendida
Llegaron dos caciques juntamente
A dar el parabien de la venida
Con un largo y espléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así desconocidos,
Blancos, rubios, espesos y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos;
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y más los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al Sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho
Por los grados la tierra demarcando;
Pero cuanto ganábamos de trecho
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos caciques al camino
A vernos como á cosa milagrosa,
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en dón alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nácar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa,
Quién el arco y carcax, quién la bocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fui siempre amigo é inclinado
A inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traído,
De alguna gente moza acompañado,
En una presta góndola metido,
Pasé á la principal isla cercana
Al parecer de tierra y gente llana.

Vi los indios y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres;

Noté dellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenían,
Y la ley y obediencia en que vivían.

Entré en otras dos islas paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fui torno á torno rodeando
Cercado de domésticas barquillas,
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro día que el campo caminaba,
Que de nuestro viaje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba
Hallamos por remate y fin postrero,
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesía
El paso por allí nos impedía.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente:
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
A comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás visto el terrible
Trabajo intolerable y excesivo,
Tenían según razón por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso
Contra toda opinión y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía
Un jóven indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daría
Para volver otro mejor camino:
Fué excesiva en algunos la alegría,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido invierno á los australes

Comenzaba á enviar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros,
Gente gallarda, brava y arriscada,
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar hechos pedazos
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
Sin lengua y sin noticia, á la ventura,
Aspera al caminar y pedregosa,
A trechos ocupada de espesura;
Mas visto que la empresa era dudosa,
Y que pasar de allí sería locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito,
Que era poner el pié más adelante,
Fingiendo que marcaba aquel distrito,
Cosa al descubridor siempre importante,
Corri una media milla, do un escrito
Quise dejar para señal bastante;
Y en el tronco que vi de más grandeza
Escribí con cuchillo en la corteza:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado
Con solos diez pasó el desaguadero,
El año de cincuenta y ocho entrado,
Sobre mil y quinientos por hebrero,
A las dos de la tarde el postrer día,
Volviendo á la dejada compañía.

Llegando pues al campo, que aguardando
Para partir nuestra venida estaba,
Que el riguroso invierno comenzando
La desierta campaña amenazaba;
El indio amigo práctico guiando
La gente alegre el paso apresuraba,
Pareciendo el camino, aunque cerrado,
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
Que siempre en su opinión estuvo fijo,

Y por una encubierta selva espesa
 Nos sacó de la tierra como dijo.
 Voy pasando por esto á toda priesa,
 Huyendo cuanto puedo el ser prolljo,
 Que aunque lo fueron mucho los trabajos
 Es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados
 Fuimos de los vecinos generosos,
 Y de varios manjares regalados
 Hartamos los estómagos golosos.
 Visto pues en el pueblo así ayuntados
 Tantos gallardos jóvenes briosos,
 Se concertó una justa y desafío,
 Donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
 Y la celeridad del juez fué tanta,
 Que estuve en el tapete ya entregado
 Al agudo cuchillo la garganta:
 El enorme delito exagerado
 La voz y fama pública le canta,
 Que fué solo poner mano á la espada
 Nunca sin gran razon desvainada.

Este acontecimiento, este suceso,
 Fué forzosa ocasion de mi destierro,
 Teniéndome despues gran tiempo preso
 Por remendar con este el primer yerro;
 Mas aunque así agraviado, no por eso
 Armado de paciencia y duro hierro
 Falté en alguna accion y correria,
 Sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
 Ordinarios rebatos y emboscadas,
 Encuentros y refriegas peligrosas,
 Asaltos y batallas aplazadas,
 Raras estratagemas engañosas,
 Astucias y cautelas nunca usadas,
 Que aunque fueron en parte de provecho,
 Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas despues del asalto y gran batalla
 De la albarrada de Quipeo temida,
 Donde fué destrozada tanta malla,
 Y tanta sangre bárbara vertida,
 Fortificado el sitio y la muralla

Aceleré mi súbita partida:
 Que el agravio mas fresco cada dia
 Me estimulaba siempre y me roía.

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
 Que velas altas de partida estaba,
 Sali de aquella tierra y reino ingrato,
 Que tanto afan y sangre me costaba;
 Y sin contraste alguno ni rebato
 Con el Austro que en popa nos soplabo,
 Costa á costa y á veces engolfado
 Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
 Por el gran Marañon hizo la gente,
 Donde Lope de Aguirre en la jornada
 Más que Neron y Heródes inclemente
 Pasó tantos amigos por la espada,
 Y á la querida hija juntamente,
 No por otra razon y causa alguna
 Más de para morir juntos á una.

Y aunque más de dos mil millas habia
 De camino por partes despoblado,
 Luego de allí por mar tomé la via
 A más larga carrera acostumbrado,
 Y á Panamá llegué, do el mismo dia
 La nueva por el aire habia llegado
 Del desbarate y muerte del tirano,
 Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en tierra firme detenido
 Por una enfermedad larga y extraña;
 Mas luego que me ví convalecido,
 Tocando en las Terceras vine á España:
 Donde no mucho tiempo detenido
 Corri la Francia, Italia y Alemaña,
 A Silesia y Moravia hasta Posenia,
 Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
 Y otras y otras por ásperos caminos,
 Traté y comuniqué varias naciones
 Viendo cosas y casos peregrinos,
 Diferentes y extrañas condiciones,
 Animales terrestres y marinos,
 Tierras jamás del cielo rociadas,
 Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
Del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos capitanes señalados,
Que en la parte que dije disputada
Estaban diferentes y encontrados;
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y cómo al fin quedaron conformados,
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos indios escondidos;
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oídos
Un áspero rumor y són de guerra,
Y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada
Envuelta entre sus armas victoriosas,
Y la inquieta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas,
En la Italia y Germania desviada
Siento tocar las cajas sonoras,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el estrépito bélico y ruido,
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, señor, favorecido;
Mas yo que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura

Que con grata atencion será escuchada.
Y entretanto, señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquieto
Hasta que saque fuerzas del sujeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey D. Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar más sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano,
A las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vinculo cristiano
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
A los parientes pechos arrojadas.
La guerra fué del cielo derivada,
Y en el linaje humano trasferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida.
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda y le corrige.
Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina.
La guerra es de derecho de las gentes,

Y el orden militar y disciplina
 Conserva la república y sostiene,
 Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
 Que del fin de la paz se desviare,
 O cuando por venganza ó furor ciego,
 O fin particular se comenzare;
 Pues ha de ser, si es público el sosiego,
 Pública la razon que le turbare:
 No puede un miembro solo en ningún modo
 Romper la paz y union del cuerpo todo.

Que así como tenemos profesada
 Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
 Tanto del mismo Cristo encomendada
 En el último eterno Testamento,
 No puede ser de alguno desatada
 Esta paz general y ligamiento,
 Si no es por causa pública ó querella,
 Y autoridad del rey, defensor della.

Entonces, como un ángel sin pecado,
 Puesta en la causa universal la mira,
 Puede tomar las armas el soldado,
 Y en su enemigo ejecutar la ira;
 Y cuando algun respeto ó fin privado
 Le templa el brazo, encoge y le retira,
 Demás de que en peligro pone el hecho
 Peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
 Puede la airada vencedora gente
 Herir, prender, matar en la rendida,
 Y hacer al libre esclavo y obediente;
 Que el que es señor y dueño de la vida
 Lo es ya de la persona, y justamente
 Hará lo que quisiere del vencido,
 Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones,
 Por la causa comun, sin cargo alguno,
 En batallas formadas y escuadrones
 Puede usar de las armas cada uno:
 Por las mismas legítimas razones
 Es lícito el combate de uno á uno,
 A pié, á caballo, armado, desarmado,
 Ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,
 La autoridad del príncipe interpuesta,
 Bajo de cuya mano y señorío
 La ordenada república está puesta;
 Mas si por caso propio ó albedrío
 Se denuncia el combate y se protesta,
 O sea provocador ó provocado
 Es ilícito, injusto y condenado.

Y los cristianos príncipes no deben
 Favorecer jamás, ni dar licencia
 A condenadas armas, que se mueven
 Por odio, por venganza ó competencia;
 Ni decidan las causas, ni se prueben
 Remitiendo á las fuerzas la sentencia,
 Pues por razon oculta á veces veo
 Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso
 Justa y derechamente se condena,
 Pues vemos el incierto fin dudoso,
 Segun la suma Providencia ordena:
 Que el suceso ora triste, ora dichoso,
 No es quien hace la causa mala ó buena,
 Ni jamás la justicia en cosa alguna
 Está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo tambien, que obligacion no tiene
 De inquirir el soldado diligente
 Si es lícita la guerra y si conviene,
 O si se mueve injusta ó justamente:
 Que solo al rey que por razon le viene
 La obediencia y servicio de su gente,
 Como gobernador de la república
 Le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
 El peso de la guerra y grave carga,
 Y cuanto daño y mal della depende
 Todo sobre sus hombros solo carga,
 Debe mucho mirar lo que pretende,
 Y ántes que dé al furor la rienda larga
 Justificar sus armas prevenidas,
 No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
 Que de precisa obligacion forzado
 En favor de las leyes justamente

Las permitidas armas ha tomado :
 No fundando el derecho en ser potente,
 Ni de codicia de reinar llevado ;
 Pues se extiende su cetro y monarquía
 Hasta á donde remata el sol su vía.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
 Que á los sanos corrompe é inficiona,
 Llamado del derecho y la justicia
 Contra el rebelde reino va en persona ;
 Y á despecho y pesar de la malicia
 Que le niega y le impide la corona,
 Quiere abrir y allanar con mano armada
 A la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
 Sus fuerzas y poder disimulando
 Detiene el brazo en alto suspendido,
 El remedio de sangre dilatando ;
 Y con prudencia y ánimo sufrido
 Su espada y pretension justificando,
 Quebrantará despues con aspereza
 Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
 La soberbia cerviz de los traidores,
 Despedazando la pujante armada
 De los galos piratas valedores ;
 Y con rigor y furia disculpada,
 Como hombres de la paz perturbadores,
 Muerto Felipe Estrozi su caudillo,
 Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
 Sangre de gente pérfida enemiga :
 Que si el delito es grave y la insolencia,
 Clemente es y piadoso el que castiga.
 Perdonar la maldad es dar licencia
 Para que luego otra mayor se siga :
 Cruel es quien perdona á todos todo,
 Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente
 Si conviene el rigor y es importante :
 Que el que ataja y castiga el mal presente
 Huye de ser cruel para adelante.
 Quien la maldad no evita , la consiente ,
 Y se puede llamar participante ,

Y el que á los malos públicos perdona
 La república estraga é inficiona.
 No quiero yo decir que no es gran cosa

La clemencia , virtud inestimable :
 Que el perdonar , victoria es gloriosa ,
 Y en el más poderoso más loable ;
 Pero la paz comun tan provechosa
 No puede sin justicia ser durable ,
 Que el premio y el castigo á tiempo usados ,
 Sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el exceso y mal que hubiere
 Se puede remediar , ni se castiga :
 Que el tiempo á veces y ocasion requiere
 Que todo no se apure ni se siga.
 Principe que saberlo todo quiere ,
 Sepa que á perdonar mucho se obliga :
 Que es medicina fuerte y rigurosa
 Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
 Aplaca el odio y ánimo indignado ,
 Engendra devocion , produce amigos ,
 Y atrae el amor del pueblo aficionado :
 Que el continuo rigor en los castigos
 Hace al principe odioso y desamado.
 Oficio es propio y propio de los reyes
 Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara
 Disimular los males ya pasados ,
 Si dello ánimo el malo no tomara
 Para nuevos insultos y pecados :
 El miedo del castigo es cosa clara
 Que reprime los ánimos dañados ,
 Y el ver al malhechor puesto en el palo
 Corrige la maldad y enmienda al malo.

Mas tambien el castigo no se haga
 Como el indocto y crudo cirujano ,
 Que siendo leve el mal , poca la llaga ,
 Mete los filos mucho por lo sano ,
 Y con el enconoso hierro estraga
 Lo que sanara sin tocar la mano :
 Que no es buena la cura y experiencia ,
 Si es mas recia y peor que la dolencia,
 Quiérome declarar : que algun curioso

Dirá que aquí y allí me contradigo.
 Virtud es castigar cuando es forzoso
 Y necesario el público castigo ;
 Virtud es perdonar el poderoso
 La ofensa del ingrato y enemigo ,
 Cuando es particular , ó que se entienda
 Que puede sin castigo haber enmienda.

Voime de punto en punto divirtiendo ,
 Y el tiempo es corto y la materia larga ,
 En lugar de aliviarme , recibiendo
 En mis cansados hombros mucha carga :
 Así de aquí adelante , resumiendo
 Lo que ménos importa y más me carga ,
 Quiero volver á Portugal la pluma ,
 Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿ Qué es esto , oh lusitanos , que engañados
 Contraponéis el ostinado pecho ,
 Y con armas y brazos condenados
 Quereis violar las leyes y el derecho ?
 Qué , ¿ no mueve esos ánimos dañados
 La paz comun y público provecho ,
 El deudo , religion , naturaleza ,
 El poder de Felipe y la grandeza ?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
 Haciendas , libertades y exenciones ,
 No á término forzoso reducido ,
 Más con formado campo y escuadrones ,
 Y casi murmurado ha detenido
 Las armas convenciéndoos con razones ,
 Cual padre que reduce por clemencia
 Al hijo inobediente á la obediencia.

¡ Qué ciega pretension , qué embaucamiento ,
 Qué pasion pertinaz desatinada
 Saca así la razon tan de su asiento ,
 Y tiene vuestra mente trastornada ,
 Que una unida nacion por sacramento ,
 Y con la cruz de Cristo señalada ,
 Envuelta en crueles armas homicidas
 Dé en sus propias entrañas las heridas !

¡ Y unas mismas divisas y banderas
 Salgan de alojamientos diferentes ,
 Trayendo mil naciones extranjeras ,
 Que derraman la sangre de inocentes ,

Y introducen errores y maneras
 De pegajosos vicios insolentes ,
 Dejando con su peste derramada
 La católica España inficionada !

A vos , eterno Padre soberano ,
 El favor necesario y gracia pido ,
 Y os suplico querais mover mi mano ,
 Pues en vos y por vos todo es movido ,
 Para que al portugués y al castellano
 Dé justamente lo que le es debido ,
 Sin que me tuerza y saque de lo justo
 Particular respeto ni otro gusto.

Y pues vos conoceis los corazones
 Y el justo celo con que el mio se mueve ,
 Y en los buenos propósitos y acciones
 El principio teneis , y el fin se os debe ,
 Dadme espíritu igual , dadme razones
 Con que informe mi pluma , que se atreve
 A emprender temeraria y arrojada
 Con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastian , rey lusitano ,
 Con ardor juvenil y movimiento
 Romper el ancho término africano
 Y oprimir el pagano atrevimiento ,
 Prometiéndole entrada y paso llano
 Su altivo y levantado pensamiento ,
 Allegó de aquel reino brevemente
 La riqueza , poder , la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe , que al sobrino
 Vió moverse á la empresa tan ligero ,
 Al errado designio contravino
 Con consejo de padre verdadero ;
 Y pensando apartarle del camino
 Que iba á dar á tan gran despeñadero ,
 Hizo que en Guadalupe se juntasen
 Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes ,
 Ni el ruego y persuasion del grave tío ,
 Ni una gran multitud de inconvenientes
 Que pudieran volver atrás un río ,
 Ni el poner la cerviz de tantas gentes
 Bajo de un solo golpe al albedrío
 De la inconstante y variable diosa ,

De revolver el mundo deseosa :

Que el orgulloso mozo, prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba ,
Los prudentes discursos rebatiendo ,
Todos los contrapuestos tropellaba ;
Y tras la libre voluntad corriendo
Su muerte y perdicion apresuraba :
Que no basta consejo ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.

¿ Quién cantará el suceso lamentable ,
Aunque tenga la voz mas expedida ,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida ,
La ruina de un reino irreparable ,
La fama antigua en solo un dia perdida ,
Todo por voluntad de un mozo ardiente ,
Movido sin razon por accidente ?

Otro refiera el aciago dia
Que á los más tristes en miseria excede :
Que aunque sangrienta está la pluma mia ,
Correr por tantas lástimas no puede :
Quiero seguir la comenzada via
Si el alto cielo aliento me concede :
Que ya de aquesta parte tambien siento
Armarse un gran fiublado turbulento.

Despues que el mozo rey voluntarioso
Al africano ejército asaltando ,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando ,
Y la fortuna de un vaiven furioso
Derrocó cuatro reyes , ahogando
La fama y opinion de tanta gente ,
Revolviendo las armas del Poniente ,

Fué luego en Portugal por rey jurado
Don Enrique , el hermano del abuelo ,
Cardenal y presbitero ordenado ,
Persona religiosa y de gran celo ,
De años y enfermedades agravado ,
Más que para este mundo para el cielo ,
Ofreciéndole el reino la fortuna
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe , en lo íntimo sintiendo
Del reino y muerto rey la desventura ,

Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura ,
Como sobrino y sucesor queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura ,
Que por la trasversal propincua via
A los reyes y títulos tenia :

Con celosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones ,
De grande cristiandad y suficiencia ,
Desnudos de interese y pretensiones ,
Que conforme á derecho y á conciencia ,
No por torcidas vias y razones ,
Mirasen en el grado que él estaba ,
Si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina , como parte ,
Duquesa de Berganza pretendia
Por hija del infante don Duarte ,
Que de derecho el reino le venia ;
Y tambien don Antonio de otra parte
A la corona y cetro se oponia ;
Mas aunque del comun favorecido ,
Era por no legitimo excluido.

Y que hecho el exámen cada uno
A tan árduo negocio conveniente ,
Sin miramiento ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente ;
Porque en tiempo quieto y oportuno ,
Prevenido al mayor inconveniente ,
Si el reino á la razon no se allanase
Sus armas y poder justificase.

Todos los cuales , claramente viendo
Que el trasversal por ley y fuero llano
No representa al padre , sucediendo
El legitimo deudo más cercano ,
El varon á la hembra prefiriendo ,
Y al de ménos edad el más anciano ,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre y no de herencia ;

Don Antonio excluido y apartado
Por ley humana y por razon divina ,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina ,
Descendientes del tronco en igual grado ,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
Avda. 1225 MONTERREY, MEXICO

Él sobrino de Enrique, ella sobrina,
 Él varon, ella hembra, él rey temido,
 Mayor de edad, y de mayor nacido:

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho
 Y otras muchas razones que juntaron
 Con recto, justo, igual y sano pecho,
 Sin discrepar conformes declararon
 Ser don Felipe sucesor derecho,
 Y el reino por la ley le adjudicaron
 Con tierras, mares, títulos y estados
 Bajo de la corona conquistados.

Vista pues don Felipe la justicia,
 Por tan bastantes hombres declarada,
 Sospechoso del odio y la malicia
 De la plebeya gente libertada,
 Y la intrinseca y vieja inimicicia
 En los pechos de muchos arraigada,
 Quiso tentar en estas novedades
 El ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo deseando
 El bien del reino y público sosiego,
 En la mente perpleja iba trazando
 Cómo echar agua al encendido fuego,
 Por todos los caminos procurando
 Aquietar el comun desasosiego,
 Que ya con libertad sin corregirse
 Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
 Don Cristóbal de Mora, en quien habia
 Tantas y tales partes conocido,
 Cuales el gran negocio requería:
 De ilustre sangre en Portugal nacido,
 De quien como vasallo el rey podría
 Con ánimo seguro y esperanza
 Hacer tambien la misma confianza,

Y enterarse del celo y sano intento
 Tantas veces por él representado,
 Entendiendo la fuerza y fundamento
 De su causa y derecho declarado,
 No traido por término violento,
 Ni deseo de reinar desordenado,
 Más por rigor de la justicia pura,
 Por ley, razon, por fuero y por natura:

Así que, esto por él reconocido,
 Como de rey tan justo se esperaba,
 Mirase el gran peligro en que metido
 El patrio reino y cristiandad estaba,
 Y tuviese por bien, fuese servido
 De sosegar la alteracion que andaba,
 Declarándole en forma conveniente
 Por sucesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaria
 El tumulto y escándalos extraños,
 Y su declaracion atajaría
 Grandes insultos y esperados daños;
 Haciendo que en la forma que solia
 Para despues de sus felices años
 El reino le jurase segun fuero
 Por legitimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada,
 Y de Felipe la intencion propuesta,
 Tibiamente de Enrique fué escuchada,
 Dando una ambigua y frívola respuesta:
 Que por más que le fué representada
 La justicia del rey tan manifiesta,
 Procuraba con causas excusarse
 Sin querella aclarar ni declararse.

Visto pues dilatar el cumplimiento
 De negocio tan árduo é importante,
 Por donde el popular atrevimiento
 Iba cobrando fuerzas adelante,
 Don Felipe envió con nuevo asiento
 Largo poder y comision bastante
 Para sacar resolucion alguna,
 A don Pedro Giron, duque de Osuna.

Y al docto Guardiola juntamente
 Porque con más instancia y diligencia,
 Vista de la tardanza el daño urgente
 Contra la paz común y conveniencia,
 Diesen claro á entender cuán conveniente
 Era en tan gran discordia y diferencia
 Que el rey se declarase por decreto:
 Cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase
 Por hacer, y tentar todos los vados,
 Y la ciega pasion no perturbase

El sosiego y quietud de los estados,
 Antes que el odio antiguo reventase,
 Dos eminentes hombres señalados
 De los que en su real consejo habia
 Ultimamente á don Enrique envía.

Uno, Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
 En rectitud, estudio y disciplina
 Era de grande prueba y experiencia,
 De claro juicio y singular doctrina;
 El otro, de no ménos suficiencia,
 Famoso en letras, el doctor Molina,
 Ambos varones raros, escogidos,
 En gran figura y opinion tenidos:

Para que Enrique dellos informado,
 Y de todas las dudas satisfecho,
 A las córtes que ya se habian juntado
 Informasen tambien de su derecho,
 Y al pueblo contumaz y apasionado,
 Puesto delante el general provecho,
 Fueros y libertades prometiesen
 Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
 Ser esto lo que á todos convenia,
 Pues por la expresa ley derechamente
 El reino á su sobrino le venia,
 Con larga dilacion impertinente
 El negocio suspenso entretenia,
 A fin que aquellos súbditos y estados
 Fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
 El término y respuesta diferido,
 Llegó aquel de la muerte presuroso
 Del Autor de la vida estatuido:
 Por donde al sucesor le fué forzoso
 Viendo al rebelde pueblo endurecido,
 Juntar contra sus fines y malicia
 Las armas y el poder con la justicia.

Habiendo antes con todos procurado
 Muchos medios de paz por él movidos,
 Provocando al temoso y porfiado
 Con dádivas, promesas y partidos,
 Mas el poblacho terco y obstinado,
 No estimando los bienes ofrecidos,

La enemistad del todo descubierta
 Al derecho y razon cerró la puerta.
 ¿Quién pudiera deciros tantas cosas
 Como aqui se me van representando,
 Tanto rumor de trompas sonoras,
 Tanto estandarte al viento tremolando,
 Las prevenidas armas sanguinosas
 Del portugués y castellano bando,
 El aparato y máquinas de guerra,
 Las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
 Materias de derecho y de justicia,
 Ejemplos de clemencia y de grandeza,
 Proterva y contumaz inimizicia,
 Liberal y magnánima largueza,
 Que los sacos hinchó de la codicia,
 Y otros matices vivos y colores
 Que fáciles harán los escritores.

Canten de hoy más los que tuvieren vena
 Y enriquezcan su verso numeroso,
 Pues Felipe les dá materia llena,
 Y un campo abierto, fértil y espacioso:
 Que la ocasion dichosa y suerte buena
 Vale más que el trabajo infructuoso,
 Trabajo infructuoso como el mio,
 Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corri, cuántas naciones
 Hacia el helado Norte atravesando,
 Y en las bajas antárticas regiones
 El antípoda ignoto conquistando!
 Climas pasé, mudé constelaciones
 Golfos innavegables navegando,
 Extendiendo, señor, vuestra corona
 Hasta casi la austral frígida zona.

¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
 Habeis hecho que deje de seguiros,
 A Italia, Augusta, á Flándes, á Inglaterra
 Cuando el reino por rey vino á pedirnos?
 De allí el furioso estruendo de la guerra
 Al Perú me llevó por más serviros,
 Do con suelto furor tantas espadas
 Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado,

Y el reino á la obediencia reducido ,
 Pasé al remoto Arauco , que alterado
 Habia del cuello el yugo sacudido ;
 Y con prolija guerra sojuzgado ,
 Y al odioso dominio sometido ,
 Seguí luego adelante las conquistas
 De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser míos
 Los inmensos trabajos padecidos ,
 La sed , hambre , calores y los frios ,
 La falta irremediable de vestidos ,
 Los montes que pasé , los grandes ríos ,
 Los yermos despoblados no rompídos ,
 Riesgos , peligros , trances y fortunas ,
 Que aun son para contadas importunas.

Ni digo cómo al fin por accidente
 Del mozo capitan acelerado
 Fui sacado á la plaza injustamente
 A ser públicamente degollado ;
 Ni la larga prision impertinente
 Do estuve tan sin culpa molestado ,
 Ni mil otras miserias de otra suerte ,
 De comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad , nunca cansada ,
 Está para serviros hoy más viva ,
 Desmaya la esperanza quebrantada
 Viéndome proejar siempre agua arriba ;
 Y al cabo de tan larga y gran jornada ,
 Hallo que mi cansado barco arriba
 De la fortuna adversa contrastado
 Léjos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
 Me tenga así arrojado y abatido ,
 Verán al fin que por derecha vía
 La carrera difícil he corrido ;
 Y aunque más inste la desdicha mia ,
 El premio está en haberle merecido ,
 Y las honras consisten , no en tenerlas ,
 Sino en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
 Arrinconado en la miseria suma ,
 Me suspende la mano y la detiene
 Haciéndome que pare aquí la pluma :

Así doy punto en esto , pues conviene
 Para la grande innumerable suma
 De vuestros hechos y altos pensamientos
 Otro ingenio , otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
 No puede andar muy léjos ya mi nave
 Y el tímido y dudoso paradero
 El más sábio piloto no le sabe :
 Considerando el corto plazo , quiero
 Acabar de vivir , ántes que acabe
 El curso incierto de la incierta vida ,
 Tantos años errada y distraida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte ,
 Y reducirme á lo postrero aguarde ,
 Sé bien que en todo tiempo y toda parte
 Para volverse á Dios jamás es tarde :
 Que nunca su clemencia usó de arte ;
 Y así el gran pecador no se acobarde ,
 Pues tiene un Dios tan bueno , cuyo oficio
 Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo , que tan sin rienda al mundo he dado
 El tiempo de mi vida más florido ,
 Y siempre por camino despeñado
 Mis vanas esperanzas he seguido :
 Visto ya el poco fruto que he sacado ,
 Y lo mucho que á Dios tengo ofendido ,
 Conociendo mi error , de aquí adelante
 Será razon quelllore y que no cante.